

# TRASPLANTES HUMANOS

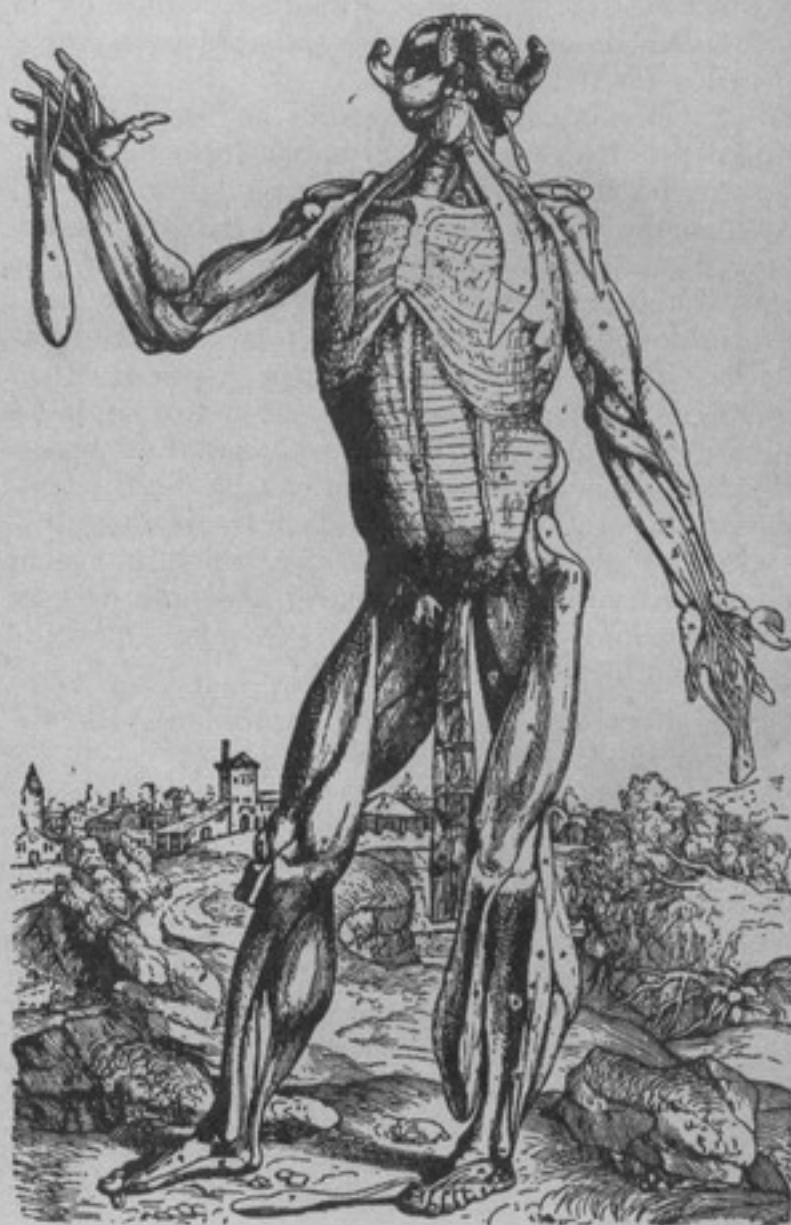
Desacuerdos, prudente cordura y Premio Nóbel. Quién o quiénes tienen derecho a decidir el trasplante. Injerto que procede de un cadáver o de miembros amputados. ¿Tengo derecho a mutilarme en vida? El hombre no es dueño absoluto de su cuerpo. Trasplante cerebral u hormonal. Materia para una novela de ciencia ficción. Libre consentimiento para el respeto a la dignidad humana.

Aún no se ha apagado la conmoción provocada por las intervenciones quirúrgicas del Dr. Christian Barnard. Autoridades de toda índole creyeron su deber hacer oír su voz. Ciertos grupos manifestaron su desacuerdo, otros pretendieron insistir en una prudente cordura y no faltaron quienes propugnen al Dr. Barnard para el premio Nóbel. Mientras tanto, Pablo VI recibía en audiencia privada a ilustre cirujano y le decía lo que sentía ante su trabajo. En una mesa redonda televisada el 11 de febrero, el mismo Dr. Barnard resumió así esa entrevista.

"No discutí este asunto con el Santo Padre en detalle. Tanto me impresionó su personalidad, que no tuve mucho que decirle. Es la primera vez que no tuve nada que decir. Simplemente dejé en sus manos el hablarme y decirme lo que él sentía sobre el trabajo que hacíamos. Tan sólo puedo resumir todo esto diciendo que no es un científico, no puede resolver los problemas científicos que tenemos, pero sí puede rogar por nosotros para que tengamos éxito en esta forma de tratamiento y de ello concluir que no estaba en contra del trabajo que hacíamos".

Para el moralista, el problema principal de los trasplantes no consiste en el éxito clínico de la intervención quirúrgica, al que da por supuesto o, al menos, suficientemente asegurado para justificar la experiencia humana.

El problema moral radica en la procedencia del



## Y MORAL CRISTIANA

injerto y en la determinación de quién o quiénes tienen derecho a decidir el trasplante. El tejido u órgano que de un cuerpo humano se trasplanta a otro, ¿procede de un cadáver o de un organismo vivo? Y en ambos casos, ¿tanto el donante como el beneficiario consintieron libremente en la operación?

## ORIGEN DEL INJERTO

En cuanto a la procedencia, supuesto el consentimiento requerido, el trasplante ciertamente es lícito en dos casos: cuando el injerto procede de un cadáver, y cuando se trata de miembros legítimamente amputados.

En el primer caso, se ha de guardar el debido respeto a los restos mortales de quien ha participado de la dignidad de una persona humana e hijo de Dios. Los moralistas no ponen otra condición. Claro que aquí podría plantearse la cuestión harto delicada de determinar cuándo una persona ha muerto y quién lo determina. Podemos estar ante un ser aparentemente muerto pero en realidad con vida. La Iglesia permite dar condicionalmente la absolución y aún la unción de los enfermos, hasta unas horas después del fallecimiento aparente; siendo así que los sacramentos sólo se confieren a los vivos... Y, a la inversa, podemos encontrarnos ante un cadáver al que artificialmente se mantiene con vida puramente mecánica. Desde un punto de vista clínico, esto es importante debido a la mayor probabilidad de éxito del trasplante cuanto menor sea el tiempo transcurrido desde la muerte real.

Si procede de un organismo vivo, el miembro trasplantado tiene que haber sido legítimamente amputado. Esto sucede, por ejemplo, cuando el enfermo habiendo dado su consentimiento al menos presunto y en beneficio de la salud corporal del interesado, se le amputa un miembro nocivo o parte de él.

El argumento para justificar ambos casos es similar: En principio y supuesta la capacidad ético-científica de los que realizarán la operación, es lícito el trasplante del tejido procedente de un cadáver o de un tejido legítimamente amputado de un ser vivo. El trasplante o injerto de un órgano a otro hombre, pretende fortalecer o salvar una vida humana sin perjuicio de privar de su vida al donante. Cuando un órgano, así sea el mismo corazón, ya no me es útil y en cambio puede servir a otro, ¿por qué no habría yo de disponer, consciente y libremente, de ese órgano en beneficio de otra persona? San Francisco de Sales ofreció su cuerpo a fin de que después de su muerte fuera usado en las experiencias médicas para el progreso de la ciencia. A nosotros los cristianos se nos ha de conocer como miembros de Cristo por la caridad. Y ésta alcanza su máxima perfección en la donación de la vida por la persona amada. "Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por sus amigos", ha



dicho Cristo (Juan 15, 13). Si es lícito dar la vida por amor al prójimo, con mayor razón se podrá cederle un órgano. El principio de la caridad prevalece sobre el principio de la defensa de la propia vida, cuánto más sobre el respeto debido al propio cadáver. Ceder el propio cuerpo, el propio corazón, es una manera plástica y concreta de dar al prójimo no sólo dinero sino algo de mí mismo. Sería de desear que en los cristianos, a imitación de San Francisco de Sales, se creara conciencia de ceder el propio cuerpo.

El acuerdo de los moralistas termina cuando el injerto procede de un organismo vivo y sano. ¿Es lícito ceder un órgano o parte de él, del propio cuerpo, sobre todo si no se trata de órganos dobles (ojos, riñones, etc.), para vivificar o restablecer las funciones perdidas en el donatario? La objeción de quienes niegan su licitud, nos lleva a responder a la segunda pregunta.

## EL CONSENTIMIENTO NECESARIO

En cualquier caso, ya proceda de un cadáver o de un organismo vivo y sano, **¿quiénes y hasta qué punto tienen derecho a decidir el trasplante?** El cirujano sólo podrá pronunciarse acerca de la necesidad para el beneficiario y de las posibilidades de éxito de la operación. Pero no le es lícito proceder al trasplante sin el libre consentimiento, al menos presunto, del donante y aún del beneficiario. Usufructuarios y administradores de la propia vida y de sus miembros, a ellos corresponde esa decisión.

### a) Por parte del donante

Si el donante no está en condiciones de prestar su consentimiento —supongamos que quien ha de ceder el órgano, por ejemplo: el corazón, acaba de morir sin haber antes cedido esa parte de su cuerpo—, corresponde a sus más próximos allegados o, en su defecto, a la autoridad pública, disponer del cadáver y de sus órganos. Cuando no se obra por lucro u otros fines menos honestos, la ley de caridad o amor al prójimo hará que, sin dejarse llevar por sentimentalismos, los allegados del difunto donen el órgano del ser querido necesario para fortalecer o salvar la vida del prójimo. El gesto de la señora Dorothy Haupt merece ser ampliamente imitado.

Pero ¿es lícito permitir la ablación parcial o total de un miembro u órgano del propio cuerpo mientras se está con vida? ¿Tengo derecho a mutilarme en vida y aún a entregarla quizá cediendo al prójimo un órgano tal vez vital?

Quienes lo niegan, apelan fundamentalmente a tres argumentos: la naturaleza de la mutilación, el dominio sobre la propia vida, y la autoridad del Magisterio. La mutilación requerida para el trasplante, se arguye con Santo Tomás, es intrínsecamente mala, equiparable al suicidio e injuria a la comunidad. El hombre no es señor y dueño de su vida y de sus miembros, sino mero usu-

fructuario y administrador. En varias ocasiones, Pío XI y Pío XII se habrían pronunciado en este sentido.

¿Es todo esto tan seguro?

La malicia de la **mutilación** no es intrínseca a ella sino sólo circunstancial. De lo contrario, jamás podría ser lícita, y nadie duda que es conforme con la recta razón extirpar un órgano para escapar de una muerte segura. Al nivel de los conocimientos de su época, Santo Tomás no podía ni imaginar que una mutilación pudiera ordenarse a remediar una grave necesidad del prójimo. Por otra parte, lejos de constituir una injuria a la comunidad, con un trasplante de órganos la comunidad puede salir ganando conservando la vida de uno de sus miembros útiles sin que por ello padezca detrimento mayor quien cede ese tejido para el injerto.

El hombre **no es dueño absoluto de su cuerpo**, es verdad, sino mero usufructuario y administrador. No tenemos poder ilimitado para destruir o mutilar nuestro cuerpo. Jesucristo es el propietario, dueño y Señor universal de nuestra vida y de nuestros miembros; y nosotros sus administradores. Pero Él nos dice que todos somos hermanos; que formamos un solo cuerpo con Él, que en ese cuerpo del que Él es cabeza la caridad todo lo debe compaginar y unir; y que no hay mayor caridad que la de dar la vida por los amigos, en lo que nos precede con el ejemplo. Somos los usufructuarios y administradores de nuestro cuerpo y de nuestra vida. Pero ¿cuál es el límite de las facultades que el Señor ha fijado a nuestra administración? ¿No hay casos en que el administrador puede razonablemente suponer poderes más amplios? ¿Cómo afirmar con certeza que si veo morir a mi madre, no pueda tolerar por ella una mutilación mediante la cual ambos podremos vivir en plena felicidad? Cuando se trata de bienes materiales se falta a la justicia impidiendo que los use el prójimo que se halla en extrema necesidad. ¿No será esto indicio de que Dios quiere que obremos del mismo modo cuando se trata de los miembros de nuestro cuerpo?

Con respecto al **Magisterio**, recordemos que Pío XI desconocía los trasplantes. Concretamente sólo condenó la esterilización en orden a la generación de los hijos en el matrimonio. Pío XII, por su parte, conocía el debate de los moralistas acerca de los trasplantes entre personas vivas, y no le faltó ocasión para definirse en sus alocuciones a médicos y cirujanos. Pero no solamente no lo hizo, sino que alguna vez declaró expresamente no querer tocar ese problema: "Nos limitamos a los aspectos religiosos y morales del trasplante de la córnea de un cuerpo muerto a uno vivo; no entre hombres vivos (de eso no hablaremos hoy)" (Alocución del 14-V-1956, a la Asociación Italiana de Donadores de Córnea). En el mismo discurso, declaró insuficiente para justificar el trasplante de órganos entre personas vivas, y "errónea" la razón que aplica el princi-



pio de totalidad a la humanidad considerada como un organismo moral del mismo modo que a un organismo físico. El bien del todo, se aducía, puede exigir el sacrificio de un miembro de la sociedad. Pero es por lo menos aventurado extender esa calificación de "errónea" a toda la sentencia.

En primer término, el texto de Pío XII aparentemente contrario a los trasplantes, simplemente rechaza el argumento de un todo meramente social. Pero por encima de la unidad moral del género humano, la fe nos lo enseña, los hombres tenemos en Cristo una unidad de ser y de vida sobrenaturales (Juan 16, 21). Formamos con Cristo un Cuerpo Místico, la unión de cuyos miembros es mayor que la de cualquier unión meramente moral o aún física. ¿No se podría admitir cierta ordenación de nuestros miembros al cuerpo del prójimo en virtud de esta unidad?

Por otra parte, Pío XII y Juan XXIII con frecuencia alabaron a los dadores de sangre: los que así proceden "se remontan a las alturas de la verdadera caridad cristiana" y el suyo "es un verdadero apostolado". La diferencia biológica entre la transfusión de sangre y la donación de un miembro u órgano sano, es evidente. A la inversa de lo que sucede en los trasplantes, sustraer cierta cantidad de sangre no disminuye el propio valor como hombre: una mengua meramente cuantitativa y recuperable de sangre, no afecta a la integridad cualitativa del cuerpo. Con todo, no es esa diferencia biológica lo que justifica la extracción de sangre. Sería ilícito hacerlo por capricho o por lucro. La extracción de sangre se justifica por el término a que está ordenada: la ayuda caritativa al prójimo. Por esta razón Pío XII decía a los dadores de sangre: "Grandes son vuestros méritos ante la sociedad, pero más grandes son ante Dios" (8-III-1958). ¿Por qué la misma razón no habría de justificar los trasplantes? La ley de la caridad, distintiva de los miembros de Cristo (Juan 13, 35), llega a su culminación dando la vida por amor al prójimo. Quien dona un riñón sano (¿por qué no el mismo corazón?, directamente no quiere perder la vida, aunque lo permite como quien se arroja al paso de un tren para empujar a un niño y salvarle la vida: en ambos casos, su acción salva directamente la vida del prójimo y, por eso, ambas acciones son, por su misma naturaleza, actos de caridad heroica.

## b) Por parte del beneficiario

Un estado patológico de extrema o cuasi-extrema necesidad del paciente solamente remediable por el injerto, no basta para que al cirujano le sea lícito proceder al trasplante. Supuesta esa situación, es necesario aún el libre consentimiento, por lo menos presunto, del enfermo o de quien tenga autoridad sobre él.

Muchas motivaciones pueden jugar para que una persona prefiera no someterse a semejante in-

tervención quirúrgica. Podría no estar ausente la misma desconfianza: no me agradaría que gente sin escrúpulos —aunque técnicamente fueran excelentes profesionales— explotaran mi ignorancia y mi esperanza de curación para mí o para mis seres queridos.

Además, sobreviviendo al trasplante, ¿me encontraré con fuerzas para sobrellevar los traumas que el injerto pueda provocar en mí? ¿Qué cambios psicológicos podría producir en mi personalidad el llevar un corazón donado por otro, aunque ese otro fuera ya cadáver cuando se lo extrajeron? Aprecio más mi ser personal que el simple existir. Sólo vale la pena vivir por aquello por lo que se está dispuesto a morir. Por lo que amo, daría la vida. Pero no querría conservar la vida al precio de lo que amo.

El problema es un tanto teórico, pero podría jugar en la decisión del enfermo, tanto más cuanto más importante fuera el órgano trasplantado. No es lo mismo llevar un tímpano que fue de otro, que llevar un corazón donado. Y el problema sería más agudo si se tratara no ya del injerto de un corazón, sino de un **trasplante cerebral** u hormonal.

Lo más profundo de nuestro ser, aquello que en toda hipótesis permanece en sí mismo, nuestro Yo profundo, no admite localizaciones y escapa a cuantos trasplantes pudieran hacerse en nuestro cuerpo. Una transfusión de sangre, el injerto de un riñón y aún del corazón de un semejante, no quita al dador su Yo ni en mí su alma reemplaza a la mía. Pero mi espíritu, mi Yo pensante, se mueve con mi cuerpo. La recopilación y conservación de información genética previamente recogida —función del ácido desoxirribonucleico (ADN)—, no es idéntica en los diversos individuos aún de la misma especie. Y mucho menos es idéntico el cúmulo de imágenes y experiencias almacenadas en el cerebro. No es mi cerebro el que piensa, es verdad, sino que soy yo quien piensa con mi cerebro. Pero las imágenes acumuladas en mi cerebro, son el material a partir del cual construyo mis ideas y mi cosmovisión vital. Ya decían los antiguos: "Nada hay en el intelecto que no haya pasado antes por los sentidos". Esas imágenes acumuladas por la experiencia y localizadas en los lóbulos cerebrales, son las que permiten a mi Yo la expresión concreta de mi personalidad. El trasplante cerebral implicaría, parece, un cambio tal en la "información conservada", que no veo cómo podría mi Yo profundo —por supuesto, siempre el mismo—, encontrar la misma expresión concreta de mi personalidad actual. No se trata de cosas secundarias o fenómenos accidentales, sino de lo que hemos construido a lo largo de nuestra vida. No reconocería ya mis ideas ni a mis seres queridos. Lo que hoy me hace amar la vida, me sería entonces indiferente, y otros valores ocuparían su lugar. Siempre sería yo mismo. Pero ¿sería yo mismo?

El problema se complica con un simple cambio de perspectiva, perfectamente legítimo al nivel del estado actual del conocimiento humano. Me explico:

El proceso evolutivo de la vida animal hasta el cuerpo del hombre, sigue una línea de cefalización creciente. Sólo al término de ese lento proceso multimilenario aparece el hombre. Únicamente entonces la materia viviente es apta para recibir la información del espíritu que anima al hombre. ¿No será esto indicio de que la conjunción sustancial del alma y el cuerpo humanos se produce a través del cerebro? Es interesante recordar que en el lapso de unos pocos años renovamos todas las células de nuestro organismo excepto las neuronas. Suele definirse la muerte como la separación del alma y del cuerpo. Esta descripción psicológica tendría, en el plano físico-experimental, su equivalente o señal en la cesación de vida del cerebro. Cuando el cerebro carece de toda actividad, cuando ya no hay actividad trófica neuronal del encéfalo, ese hombre ya no es hombre, aunque todos los otros órganos de su cuerpo continúen activos: sería la suya una vida meramente vegetativa, no humana, que técnicamente es posible prolongar indefinidamente (baja temperatura, bombeo sanguíneo, etc.). Y a la inversa, mientras funciona el cerebro, el alma animaría a ese hombre a través del cerebro, último punto de conjunción entre el espíritu y la materia viviente, aunque el resto del organismo estuviera paralizado y comenzara a descomponerse.

Al trasplantar un cerebro vivo a la cavidad craneana de otro individuo o al injertar una cabeza humana en el tronco de otro sujeto, ese cerebro sería quien aporte la vida humana y no a la inversa. El cerebro no solamente aporta la información —imágenes, experiencias, etc.— acumulada durante su vida y localizada en los lóbulos cerebrales, sino también y principalmente el Yo profundo que hasta entonces se expresaba en el organismo de donde fuera sacado para el trasplante. Más que hablar del injerto de un cerebro en otro cuerpo humano, habría que decir que a ese cerebro humano se le injerta otro cuerpo. Cuando hablamos de otro modo, nos engaña una concepción meramente cuantitativa de la vida y del cuerpo humanos. El humano no

es ese tronco y esas extremidades, sino ese cerebro que se trasplanta. Aquellos son los restos de lo que en vida fuera un hombre y que ahora pasan a ser el cuerpo de otro hombre, el del cerebro. El beneficiario no es quien recibe el cerebro, sino quien lo cede o, mejor dicho, quien recibe un cuerpo nuevo para su propio cerebro. Estaríamos tentados a ver en esto cierta analogía con el proceso de nutrición: derrumbo proteínas de gallina para construir las proteínas humanas que mi cuerpo necesita; el modo y la rapidez del proceso, no alteran lo esencial: lo que fuera gallina pasa ahora a ser parte de mi corporeidad.

Digámoslo una vez más, y para ello tomemos un ejemplo claro, aún a costa de entrar en lo que hoy sería una fantasía científica: Supongamos que el tren nos atropella a mí y a un amigo; a él le destroza el cuerpo, pero su cabeza queda intacta y se logra mantenerla en condiciones para el trasplante; a mí, en cambio, me destroza la cabeza. Se hace el injerto. El cerebro de mi amigo injertado a mis restos mortales, conserva localizadas las imágenes, experiencias, etc., que él acumulara durante su vida antes de ser atropellado. Si el injerto ha tenido éxito, quien ahora vive no soy yo sino mi amigo, aunque su corazón, sus riñones, sus impresiones digitales, todo el resto de su organismo sean las que habían sido mías y no las suyas.

¿Quién no entrevé el cúmulo de intrincadas cuestiones y dificultades que esto traería aparejado? Problemas humanos, éticos, jurídicos, biológicos, se agolparían en el sujeto desquiciándolo quizá psíquicamente. Nuevo aprendizaje de los músculos, formación de nuevos reflejos para responder a la disposición del nuevo cerebro, genes portadores de otras características (los hijos se parecerán al muerto, no al que vive), temperamento endocrino; problema de reconocimiento de los familiares; problemas de identificación, etc., etc.: todo ello parece más bien materia para una novela de ciencia ficción. Pero es más que suficiente para comprender que el respeto debido a la dignidad de la persona humana exige el libre consentimiento tanto del donante como del beneficiario, antes de proceder al trasplante de órganos humanos.

Jacinto Luzzi SJ.